

El amor en las fiestas de julio

Sorbía un agua limón cuando la vi por primera vez. Estaba en la esquina del Sol y Nieve. Ella sola. Vestía unos shorts rojos con sandalias a juego y un top blanco que le descubría un ombligo redondo como un céntimo. Sorbía el agua limón con los ojos cerrados, la barbilla baja, con toda una cascada de cabellos lisos de color castaño tapándole media cara y disimulando unas mejillas enrojecidas por el sol tomado el día anterior en las piscinas municipales. La vi casi de espaldas. Me había llamado la atención la insinuante rectitud de una médula espinal recubierta por una carne tersa que conjugaba a la perfección la plena adolescencia con el futuro de una próspera madurez. La vi casi de espaldas pero supe sin lugar a dudas, con la terca convicción que concede el amor a primera vista, que era más hermosa que cualquier otra mujer sobre la tierra. Y no pude hacer nada más que quedarme ahí, de pie, amándola para siempre, mientras ella se adentraba en la Glorieta sin reparar en mí.

Días después bajábamos la Santa. Nosotros, los muchachos, llevábamos ya un mes entero encima de las bicicletas. Solo nos apeábamos de ella para comer y dormir. El resto del tiempo lo pasábamos en la calle, organizando carreras, guerras de globos de agua o tirándole petardos a los coches que cruzaban veloces la avenida de la Constitución.

Bajando la Santa, con los pies cansados y la barriga llena por las chucherías y el bocadillo de mamá, volví a verla. Vestida para la ocasión, rodeada de sus amigas, destacaba por su belleza y por unos ojos, ahora sí completamente visibles, de un azul claro que irradiaba luz a los cuatro vientos. Todas sus amigas charlaban, gritaban, se agitaban sin cesar. Ella no. Ella simplemente caminaba, moviendo sus brazos adelante y atrás con un ritmo digno de una bailarina. Era como si se mantuviera al margen de cualquier trivialidad. Y yo igual. Para mí, en ese momento, ya en el Paseo de los Molinos, bebiendo agua fresca y con el sol acurrucándose en su lecho de montañas, únicamente estábamos ella y yo.

Cuando terminó la procesión la seguí hasta su casa, en un segundo piso de un edificio cualquiera de la calle Virgen del Remedio, donde tal vez se desconociera la presencia de esa perla, de esa fuente de belleza, de ese volcán de hermosura. Ya en casa,

con ayuda de la guía telefónica y el apellido de su padre, busqué una por una por todas las direcciones hasta dar con la suya y obtener así el preciado tesoro de su teléfono. Aquella noche, en sueños, recorrí volando las calles nocturnas del pueblo hasta colarme por la ventana de su cuarto y verla dormir ante mis ojos. La amaba tanto que quería ser aire para ser inspirado por su cuerpo. Tanto como para querer ser sudor que rozara su piel.

La tarde del 21 de julio, una tarde como esas tantas de verano, acolchadas por el silencio de la siesta general, mis amigos y yo tomábamos cucuruchos de fresa y chocolate, sentados sin camiseta al borde de la fuente central de la Glorieta para ser salpicados por el agua. Era como vivir un sueño: tumbarse en la piedra húmeda mirando el ir y venir del aire acalorado y escuchar, de fondo, el rumor tierno y suave de unas niñas que pasean. Ella estaba en ese grupo, destacándose de nuevo, con una cinta roja en el pelo. Riéndose. Era una risa diferente a la del resto. Ninguna chica reía como ella. Ninguna chica podía reír como ella.

El día de la Santa mi abuela me había convencido para alumbrar en la procesión. Yo, vestido de domingo, cirio en mano, lo único que deseaba era volver a verla. De repente, una chica cruzó la calle corriendo. Era ella. Y un nombre sonó por encima de todo: de los vítores a la patrona, de la música de la banda... Verónica. Al parecer, su abuela también la había convencido para salir en la procesión. Y de nuevo, ahí estábamos los dos, tan cerca pero tan lejos, a tan solo unos metros de distancia pero en distintos universos.

Pasaron los días. Las fiestas seguían su curso. Desfiles. Verbenas en las comparsas y en el Casino. La veía de vez en cuando. Por la calle. Por la Glorieta. Correteando por el Casino mientras nuestros padres intentaban recordar algún paso de baile aprendido en el pasado. Incluso, en alguna ocasión, nos juntamos los chicos y las chicas para jugar al escondite. Ella cruzó la mirada conmigo algunas veces, pero yo la desviaba. Sin embargo, después podía pasarme minutos enteros mirándola mientras estaba detrás de un árbol, aguantando la respiración, oculta para que no la descubrieran.

Para entonces yo ya lo sabía todo de ella. Le gustaba el grupo de música Bom Bom Chip, tenía una bicicleta amarilla de niña con el número 7 delante, número que tenía de toda la vida en la lista de su clase de las Carmelitas. Era zurda y prefería los cuadernos de rayas a los de cuadros. Odiaba las Matemáticas y quería ser de mayor veterinaria. No tenía

hermanos ni hermanas y en su habitación, junto a su escritorio, había una pecera con uno de esos peces naranjas que siempre se mueren de tristeza pasado el tiempo. Como yo. Con la misma tristeza y soledad con la que convivía por esas fechas.

Nunca hablé con ella. Quizá algún desangelado hola, cómo estás, qué tal la tarde, y poco más. La vergüenza, el temor o quién sabe qué otra cosa me hacían quererla en silencio, envuelto en la neblina gris del amor no correspondido.

El último día de las fiestas, después de la traca (que mis amigos y yo corrimos poseídos por el espíritu olímpico de Atlanta, que acababa de comenzar), me acerqué a ella. Verónica estaba como ausente. Acababa de despedirse de sus amigas y se iba hacia su casa. Aceleré el paso hasta estar a su altura y le dije: «Hasta mañana, Verónica». No sé si respondió. Yo empecé a correr y no paré hasta llegar a casa. Al día siguiente no la vi. Supuse que era producto de tantas noches acostándose a las tantas. Así que no le di importancia. Como tampoco se la di al otro día. Sin embargo, pasaron las semanas, los meses, y Verónica parecía haberse evaporado para siempre. Resultaba que a su padre lo habían trasladado a otra ciudad. Lloré en la soledad de mi habitación, abandonado en la quietud de la noche, hasta intentar derramar por los ojos todo su recuerdo. Pero no pude. Verónica seguía presente en mi memoria. Si cerraba los ojos podía dibujarla con las manos, amasar el aire para que tuviera la forma de sus piernas, construir un cielo de miradas suyas para que siempre hubiese luz.

Y pasaron los años. Cuando acabé la carrera empecé a escribir relatos cortos que gustaron al director de mi tesis y, a su vez, a un editor conocido suyo. Resultó, además, que esos relatos gustaron a muchísima gente, por lo que en la séptima edición del libro de cuentos *Nada mejor* vio la luz mi primera novela, *Río gris*. Desde entonces he publicado doce novelas más, alguna de ellas llevada a la gran pantalla hace poco con un éxito considerable, tal y como está el cine últimamente. No obstante, debido a que la literatura sigue siendo un género minoritario y a que nunca ha salido una foto mía en la contraportada de ningún libro, puedo salir a la calle tranquilamente, pasear por Madrid, donde ahora vivo, y tomar café con leche en las terrazas de los bares mientras veo pasar por coches. El futuro parece no llegar nunca y, sin embargo, un día te despiertas y tienes setenta años. Cuando llega el verano me acuerdo de ella, de Verónica, la niña que hace casi sesenta años, en otra parte del país, me robó el corazón. No me he casado. Tal vez he

querido a alguna otra mujer en mi vida, pero ninguna ha podido llegar a la altura de Verónica. Nadie en el mundo podía sustituirla. Feliz con su recuerdo y alegre por compartir cada segundo con ella en mi memoria, los años fueron pasando.

Mayor ya, sin nadie en el mundo y con una cómoda fuente de ingresos que, aunque no me permitía derrochar, sí me mantenía desahogado, volví a Novelda. No había regresado desde la muerte de mis padres, cuando yo tenía treinta y cuatro años, y aun entonces estuve un par de días solamente.

Entonces no. Cuando volví a Novelda mi idea era permanecer más tiempo, recuperar los pasajes de mi niñez y, quién sabe, comenzar a esbozar una futura novela. Mucho había cambiado la ciudad. Me alojé en el hotel Betania, justo donde alguna vez estuvo el Casino. En algún lugar de los cimientos de ese hotel ultramoderno persistía, contra el paso de los años, el aroma a azafrán del cuello de Verónica.

Paseaba por las calles de la ciudad en la que había nacido como si fuera un completo extraño. Todo había cambiado. Comercios y bares habían dado lugar a centros comerciales y restaurantes de comida rápida. La Glorieta, modernizada tantas veces, había perdido cualquier atisbo de otro tiempo. Y también, como otras muchas cosas, la heladería que había allí hacía más de cincuenta años había sido mutilada por la aplastante pisada del futuro, convertida ahora en un local 24 horas con máquinas expendedoras de refrescos y de helados.

Era verano. No quedaría mucho para que dieran comienzo las fiestas patronales, si es que aún se celebraban. De pronto, una niña de unos siete años llegó corriendo de la Glorieta, se puso de puntillas ante una máquina y, después de meter el dinero correspondiente y apretar un botón, recogió un agua limón prefabricado y empezó a sorber por la pajita. Se parecía increíblemente a Verónica. No había duda de que tenía su misma mirada, la misma expresión ausente en el rostro. Era como si hubiese traspasado la puerta de alguna máquina del tiempo.

Le pregunté su nombre. «Verónica. ¿Por qué?», fue su respuesta. «¿Verónica como tu mamá?». Y la niña volvió a decir: «No, Verónica como mi abuela». La pequeña me llevó ante su abuela. Y allí estaba ella, ella de nuevo, unos sesenta años después, pero con la misma belleza intacta. «Mira, abuelita, un amigo tuyo...». Y fue como enamorarme de ella otra vez. Verónica no pareció acordarse de mí. Cuando ya estaba a punto de darme

por vencido, de dar media vuelta y marcharme, los ojos de Verónica se humedecieron. Nos abrazamos unos segundos. Nos contamos la vida. Dimos cuerda al reloj de nuestra infancia. Ella se había casado en Barcelona, pero enviudó pronto, y como siempre quiso que su familia conociera su pueblo natal, y ya que su hija estaba siempre ocupadísima, decidió venir con su nieta. Verónica seguía tan repleta de vida, tan ágil, que parecía que tuviera la mitad de años. Pasamos juntos todas las fiestas patronales, charlando de las antigüedades y de los cambios. Una noche, con las farolas apagadas y la gente mirando al cielo para ver el resplandor de los fuegos artificiales, su boca tocó la mía y nos fundimos en un beso que me volvía a situar en los jardines del Casino, cuando anhelaba pillarla en nuestros juegos para así apreciar, apenas por un instante, la suave textura de sus brazos.

Ahora estamos juntos. Verónica y yo nos casamos el año pasado en la parroquia de San Pedro. Una ceremonia tranquila, sin muchos invitados, en una de esas tórridas tardes de verano en que lo único que gobierna es el silencio de una siesta general. En una de esas tardes, Verónica me sugirió que pusiera por escrito nuestra historia. Saldrá las próximas Navidades y puede (los años ya pesan mucho) que sea lo último que escriba. He intentado plasmar en esa novela todos los detalles, cualquier nimiedad sin importancia. Todo. Incluso, por qué no, el gusto dulce de aquel agua limón que Verónica sorbía cuando la vi por primera vez y supe que tenía que amarla para siempre.